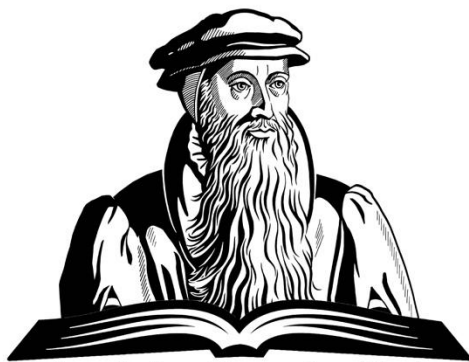


MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA: EL CATECISMO MENOR DE WESTMINSTER

Ponente: Jonathan Mattull

LECCIÓN 57:
LA ORACIÓN DEL SEÑOR: LA CUARTA PETICIÓN
Pregunta 104



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la versión Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra página web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Jonathan Mattull es ministro del evangelio en la Iglesia Presbiteriana Sovereign Grace, en St. Louis, Missouri, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada), Presbiterio de los Estados Unidos de América.

stlpresbyterian.org

EL CATECISMO MENOR

Rev. Jonathan Mattull

1. El fin principal del hombre - Pregunta 1
2. La Palabra de Dios y su enseñanza - Preguntas 2 y 3
3. Qué es Dios - Pregunta 4
4. Un solo Dios en tres personas - Preguntas 5 y 6
5. Los decretos de Dios - Preguntas 7 y 8
6. La obra de creación de Dios - Pregunta 9
7. La creación del hombre por Dios - Pregunta 10
8. Las obras de la providencia de Dios - Pregunta 11
9. La providencia especial de Dios hacia el hombre - Pregunta 12
10. La caída del hombre - Preguntas 13 y 15
11. Qué es el pecado - Pregunta 14
12. Los efectos de la caída en toda la humanidad - Preguntas 16 y 17
13. La pecaminosidad y miseria del estado caído del hombre - Preguntas 18 y 19
14. El pacto de gracia - Pregunta 20
15. Jesucristo, el Redentor de los elegidos de Dios - Pregunta 21
16. La encarnación - Pregunta 22
17. El oficio profético de Cristo - Preguntas 23 y 24
18. El oficio sacerdotal de Cristo - Pregunta 25
19. El oficio real de Cristo - Pregunta 26
20. La humillación de Cristo - Pregunta 27
21. La exaltación de Cristo - Pregunta 28
22. La aplicación de la redención - Preguntas 29 y 30
23. El llamamiento eficaz - Preguntas 31 y 32
24. La justificación - Pregunta 33
25. La adopción - Pregunta 34
26. La santificación - Pregunta 35
27. Las bendiciones de la salvación en esta vida - Pregunta 36
28. Las bendiciones de la salvación en la muerte - Pregunta 37
29. Bendiciones de la salvación en la resurrección - Pregunta 38
30. El deber requerido del hombre - Preguntas 39 a 42
31. Los Diez Mandamientos: Un prefacio de gracia - Preguntas 43 y 44
32. Los Diez Mandamientos: Amor a Dios - Preguntas 45–48
33. Los Diez Mandamientos: Amor al culto de Dios - Preguntas 49–52
34. Los Diez Mandamientos: Amor al nombre de Dios - Preguntas 53–56
35. Los Diez Mandamientos: Un día para el amor sagrado - Preguntas 57–59
36. Los Diez Mandamientos: Amor al día de Dios - Preguntas 60–62
37. Los Diez Mandamientos: Amor dentro de nuestras relaciones - Preguntas 63–66
38. Los Diez Mandamientos: Amor a la vida - Preguntas 67–69

- 39. Los Diez Mandamientos: Amor a la pureza - Preguntas 70–72
- 40. Los Diez Mandamientos: Amor a la porción del Señor - Preguntas 73–75
- 41. Los Diez Mandamientos: Amor a la verdad - Preguntas 76 a 78
- 42. Los Diez Mandamientos: Amor desde adentro - Preguntas 79 a 81
- 43. Comprendiendo nuestro pecado - Preguntas 82 a 84
- 44. Escapando de la ira y maldición de Dios: Fe salvadora - Preguntas 85 y 86
- 45. Escapando de la ira y maldición de Dios: Arrepentimiento para la vida - Pregunta 87
- 46. Escapando de la ira y maldición de Dios: Medios de gracia - Pregunta 88
- 47. Medios de gracia: La Palabra de Dios - Preguntas 89 y 90
- 48. Medios de gracia: Los sacramentos - Preguntas 91 a 93
- 49. Medios de gracia: El bautismo cristiano - Preguntas 94 y 95
- 50. Medios de gracia: La Cena del Señor - Pregunta 96
- 51. Medios de gracia: Recibiendo la Cena del Señor - Pregunta 97
- 52. Medios de gracia: La oración - Preguntas 98 y 99
- 53. La Oración del Señor: El prefacio - Pregunta 100
- 54. La Oración del Señor: La primera petición - Pregunta 101
- 55. La Oración del Señor: La segunda petición - Pregunta 102
- 56. La Oración del Señor: La tercera petición - Pregunta 103
- 57. La Oración del Señor: La cuarta petición - Pregunta 104**
- 58. La Oración del Señor: La quinta petición - Pregunta 105
- 59. La Oración del Señor: La sexta petición - Pregunta 106
- 60. La Oración del Señor: La conclusión - Pregunta 107

57 LECCIÓN

LA ORACIÓN DEL SEÑOR: LA CUARTA PETICIÓN

P. 104. *¿Qué pedimos en la cuarta petición?*

R. En la cuarta petición (que es «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy») rogamos: Que, por la gracia de Dios, podamos recibir una porción suficiente de los bienes de esta vida y disfrutar de su bendición con ellos.

¿Cuál es el fin principal del hombre? Esta conocida pregunta es la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster. Con esta pregunta, se nos invita a examinar cuál es nuestro propósito primordial como seres creados por Dios. La respuesta dada, «glorificar a Dios y gozar de él para siempre», es fácil de aprender y, no obstante, contiene una profundidad insondable. Esta pregunta y respuesta son las primeras de las 107 preguntas y respuestas que se encuentran en el Catecismo Menor de Westminster. Este fue redactado por primera vez en 1647 por la Asamblea de Westminster en Londres, Inglaterra, y desde entonces ha sido un tesoro de instrucción centrada en la Biblia, enseñado y aprendido en iglesias y familias de todo el mundo. Aunque originalmente fue escrito para niños, contiene una rica enseñanza para todos, para personas de todas las edades e intelectos. Esperamos que aprendas mucho de estas lecciones sobre el Catecismo Menor de Westminster y que sean una bendición abundante para ti.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 57:

De la manera en que Cristo nos enseña a orar, podemos recordar que nos enseña a acercarnos a Él por su gracia, cuando nos dirigimos a Dios como nuestro Padre que está en los cielos. Haciendo uso de esto, como nuestra gran motivación, buscamos su gloria. Observa que, conforme seguimos las peticiones, queremos que su nombre sea santificado, queremos que venga su reino y queremos que se haga su voluntad como en el cielo, así también en la tierra. Pero *la oración del Señor* no termina ahí. Aquí no finaliza lo que debemos presentar a Dios. Cristo nos enseña a acercarnos a Dios con nuestras necesidades personales. Y así pasamos a las peticiones que tratan de estas necesidades personales. La cuarta, la quinta y la sexta petición expresan estas necesidades a Dios.

Y en la lección de hoy, estudiaremos la cuarta petición, que inicia esta segunda parte de *la oración del Señor*. La pregunta 104 del *Catecismo menor* dice: «¿Qué pedimos en la cuarta petición? En la cuarta petición (que es “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”) rogamos: Que, por la

gracia de Dios, podamos recibir una porción suficiente de los bienes de esta vida y disfrutar de su bendición con ellos».

Esta petición proviene de Mateo 6, versículo 11, y también se encuentra en Lucas 11, versículo 3. Al usar la palabra «pan», Cristo se refiere a una provisión básica para nuestras necesidades. Todas las culturas utilizan algún tipo de pan como alimento. Es lo que llamamos un alimento básico, una parte fundamental de una dieta equilibrada. El pan bueno y saludable proporciona los nutrientes necesarios: proteínas, minerales, vitaminas y fibra. También es común. No es un platillo reservado para los más ricos. Es algo que disfrutan y comen los más pobres del mundo. No es un postre, es una parte habitual de nuestra comida. Y por eso, al utilizar el pan, Cristo nos enseña a acudir a Dios para todo lo que necesitamos en esta tierra. Todas las necesidades físicas deben buscarse en Dios.

Notarás que el *catecismo* utiliza las palabras «porción suficiente». La idea es que, dado que el pan es básico, común y necesario para nosotros, no estamos pidiendo una porción excesiva. Sin duda, Dios puede dar así a algunos de los suyos. Pero nosotros pedimos a Dios que nos dé lo que necesitamos.

Por lo tanto, en esta petición consideramos tres cosas: en primer lugar, *nuestra porción diaria*; en segundo lugar, *nuestro don misericordioso*; y, en tercer lugar, *nuestra bendición necesaria*.

1. Nuestra porción diaria

En primer lugar, *nuestra porción diaria*. Cuando utilizamos la palabra «porción», nos referimos a algo que se nos da en determinadas cantidades. Cuando vemos la palabra «diaria», nos referimos a la porción necesaria para el día. Puedes pensarlo de esta manera: no necesitarías mil panes para un día. Sería demasiado para que lo pudieras comer. Sería más que tu porción diaria, tu cantidad del día. Quizás necesites un pan o unos panes para todo el día. No necesitas cien litros de agua para un día. Tal vez necesites 3 litros, o incluso menos cada día. Se te da en porciones según lo que necesitas.

Tenemos un ejemplo de la porción diaria que se nos muestra en el libro del Éxodo. En Éxodo 16 leemos sobre la milagrosa provisión de Dios, que consistía en una ración diaria de maná para los hijos de Israel. Cada mañana había una cosa pequeña y redonda, como nos dice el versículo 14. Moisés dijo a los israelitas: «Es el pan que Jehová os da para comer» (versículo 15). Y leemos la instrucción que se les dio para cada día, en Éxodo 16, versículos 16 a 18: «Esto es lo que Jehová ha mandado: Recoged de él cada uno según lo que pudiere comer; un gomer por cabeza, conforme al número de vuestras personas, tomaréis cada uno para los que están en su tienda. Y los hijos de Israel lo hicieron así; y recogieron unos más, otros menos; y lo medían por gomer, y no sobró al que había recogido mucho, ni faltó al que había recogido poco; cada uno recogió conforme a lo que había de comer». Dios le estaba dando a su pueblo una porción diaria. Podríamos pensar que una familia de cinco habría tenido esta porción de cinco raciones, cinco gomeres para ellos. Una familia de dos habría tenido dos, una familia de diez, diez. Y así, aunque cada hogar tenía una porción diferente, todos recibían una porción adecuada, una porción suficiente. Cada día, Dios les proporcionaba la cantidad de comida que necesitaban para ese día. Dios les estaba enseñando que les proporcionaría todo lo que necesitaran, incluso en el solitario desierto por el que caminaban, Dios les daría todo lo que necesitaran. No les daría

menos de lo que necesitaran, ni les daría más. Les daría su porción diaria. Y esto es lo que buscamos de Dios. Cuando oramos, le pedimos a Dios que nos dé nuestra porción diaria: «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy».

Bien, debemos recordar que Dios es sin duda capaz de dar más, y a veces lo hace. Él algunas veces nos retendrá lo que podríamos estar deseando más en un día en particular. Pero nosotros acudimos a Dios diciendo: «Todo lo que necesite hoy para cumplir tu propósito para mí, por favor, dámelo». En otras palabras, no debemos pensar que sólo oramos por el pan literal. El pan se mencionó anteriormente como una forma de referirse a todas nuestras necesidades básicas. Tenemos necesidades de comida, agua y ropa. Recordemos que Cristo nos dijo en su palabra que, si tenemos comida, agua y vestido, con eso debemos estar contentos. Así que, estas son las necesidades básicas de nuestro cuerpo, para la vida física en este mundo.

Entonces, cuando pensamos en lo que necesitamos para vivir, acudimos a Dios y le decimos: «Dios, necesito que me lo des». Observemos que Cristo no dice simplemente «lo que quieras», sino «lo que necesites». Por lo tanto, cuando necesitamos de vivienda, salud o cualquier cosa que sea útil para la salud, se nos enseña a acudir a Dios por la provisión diaria que necesitamos.

Sabemos que llegará un día en que la vida de cada uno de nosotros habrá terminado. Y por eso, reconocemos que Dios puede negarnos la restauración de la salud. Pero al orar: «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy», estamos diciendo: «Con el propósito de que yo tenga fuerzas para servirte en esta vida, dame lo que necesito». Cuando entendemos esto, aprendemos una clave del contentamiento. Pablo escribe en 1 Timoteo 6:8: «Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto». Si tenemos suficiente comida y ropa, debemos estar contentos, sin preocupaciones ni ansiedades. Dios ha prometido y ha provisto de esta manera para nuestras necesidades diarias.

Ahora bien, muchos de nosotros tendremos comida preparada para unos días o unas semanas, y debemos enseñarnos a decir: «¡Mira cuán rico ha sido Dios conmigo!». Me ha dado más que mi provisión diaria para este día. También debemos recordar que, si no tenemos comida suficiente para el día siguiente, no debemos preocuparnos. Debemos acudir con fe a nuestro Padre celestial y decirle: «Nos has dicho que vengamos y pidamos, danos hoy nuestro pan de cada día. Por eso te doy gracias por lo que me has dado hoy, y confío en ti también para mañana». Esa es nuestra porción.

2. *Nuestro don misericordioso*

En segundo lugar, *nuestro don misericordioso*. Hay una palabra sencilla que se utiliza en esta petición y que nos recuerda cómo recibimos estas bendiciones. Es la palabra «dánoslo». Es una palabra enérgica y sencilla. Casi una orden. Sin embargo, recordamos que nos estamos acercando a nuestro Padre celestial, por lo que nos acercamos con santa reverencia y confianza, y reconocemos nuestras necesidades diarias. Y decimos: «Oh Dios, como tú eres el Dios que provee lo necesario, y como tú eres mi Padre a través de Cristo, vengo y te pido que nos des hoy nuestro pan de cada día».

Al enseñarnos a decir «dánoslo», Cristo nos enseña la razón por la que recibimos nuestra porción diaria, la forma en que recibimos nuestra porción diaria. Es, como dice el *catecismo*, «un don gratuito de Dios». No recibimos la provisión diaria de alimento, salud, comodidad, vida, la

satisfacción de nuestras necesidades, y, muchas veces, mucho más de lo que necesitamos, se nos dan muchas comodidades y lujos, y no recibimos esto porque los merezcamos. No recibimos esto porque hayamos hecho algo mejor que los demás. En vez de eso, recibimos esto como dones gratuitos. Todo lo que disfrutamos en esta vida proviene de Dios. Cada respiro que damos es un don de Dios. Cada bocado de comida que comemos es un don de Dios. Cada gota de agua que bebemos es un don de Dios. Cada segundo de sueño que disfrutamos es un don de Dios. Todo proviene de Dios. Y todo lo que Dios nos da, nos lo da gratuitamente. No nos lo hemos ganado. De hecho, si lo recordamos, nuestros pecados merecen la ira y la maldición de Dios, tanto en esta vida como en la venidera (pregunta 84). Por lo tanto, cuando experimentamos cosas buenas de Dios, estamos experimentando su gran bondad. No nos acercamos a Dios y le decimos: «Dame lo que me merezco». Al contrario, nos acercamos con, humildad, confianza y fe, con la seguridad de que Dios es bueno y misericordioso. Y pedimos con humildad, con total reverencia santa y, sin embargo, con confianza: «Dame este don gratuito».

Bueno, esto puede provocarnos una pregunta. ¿Significa esto que no debemos trabajar? ¿Está mal que trabajemos si buscamos recibir estas cosas gratuitamente? Si Dios nos las da gratuitamente, ¿entonces por qué trabajamos? Bueno, debemos aclarar de inmediato que se espera, de hecho, se nos manda, que, si estamos sanos, debemos trabajar. Y, por supuesto, si trabajamos, es justo que ganemos un salario, ya sea económicamente, con dinero, o con provisiones: trabajamos para comer, trabajamos para otras cosas. Observemos en 2 Tesalonicenses 3, versículos 10 al 12. Pablo escribe sobre su propio ejemplo y dice: «Porque también cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma. Porque oímos que algunos de entre vosotros andan desordenadamente, no trabajando en nada, sino entremetiéndose en lo ajeno. A los tales mandamos y exhortamos por nuestro Señor Jesucristo, que trabajando sosegadamente, coman su propio pan».

Observemos la afirmación del versículo 10: «Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma». En otras palabras, si tenemos fuerzas y capacidad, debemos trabajar, de hecho, tenemos que trabajar. Sería pecaminoso no trabajar si tenemos la capacidad para hacerlo. Puede que seas muy joven, pero ahora tus padres trabajan por ti. Tu padre va a trabajar y tu madre quizá se queda en casa y hace muchas tareas domésticas. Ellos trabajan mientras tú estudias, juegas y haces tus tareas y otras cosas. Llegará el momento, a medida que crezcas, en que necesitarás trabajar y ganar, por así decirlo, un ingreso, para poder mantenerte a ti mismo y, como dice Pablo, a aquellos que antes robaban, que no roben más, sino que trabajen, y no solo para sí mismos, sino para que puedan tener algo que dar a otros que están en necesidad (Efesios 4:28). Nuestra cultura se opone mucho a esto. No solo en mi país, sino en muchos países. Existe la idea de que, si puedo vivir de lo que me da el gobierno, estaré bien. Pero la Biblia nos dice que debemos trabajar. Y debemos tener en cuenta que hay algunos que no pueden trabajar. Tal vez sus cuerpos han sufrido lesiones graves o han envejecido hasta tal punto que ya no pueden dedicar tiempo a un trabajo. En esa situación, la familia debe cuidar de ellos, o si son miembros de una iglesia, la iglesia debe ayudarlos. Sin duda, debemos tener compasión de aquellos que realmente no pueden trabajar. Sin embargo, si una persona tiene salud, oportunidades y fuerzas, debe trabajar. Desobedecer esto, sea lo que sea que otros les den, desobedecer esto es pecaminoso.

Si este es el caso, ¿cómo es que decimos en oración «el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy»? Porque al hacer esta petición, «el pan nuestro de cada día, dánoslo», también estamos pidiendo que nos dé la capacidad de utilizar los medios para conseguir el pan. Podríamos pensar

por un momento que, en una situación muy extraordinaria, Elías fue alimentado con pan por cuervos que le traían sustento por la gracia de Dios (1 Reyes 17:2-6). Esa fue una forma sobrenatural en que Dios le dio pan. Ya hemos mencionado en Éxodo 16 que Dios alimentó a su pueblo durante cuarenta años en el desierto con maná. Esa fue otra forma sobrenatural, una forma extraordinaria.

Pero la forma ordinaria es a través de nuestro trabajo duro, ganando ingresos suficientes para comprar comida. Y debemos recordar, ¿quién nos da la fuerza para trabajar? Dios. ¿Quién nos da la salud para que podamos ganar dinero? Dios. ¿Quién nos da la comprensión para que podamos concentrarnos en situaciones difíciles y trabajar? Dios. ¿Quién nos da habilidades con nuestras manos para que podamos trabajar con nuestro cuerpo? Dios. ¿Quién nos da la oportunidad de trabajar? Dios. Por eso, cuando pensamos en pedir «el pan nuestro de cada día», también estamos pidiendo: «danos fuerzas para trabajar, restaura nuestra salud, danos descanso esta noche para que podamos despertar renovados y cumplir las diversas partes de nuestra vocación». En otras palabras, incluso cuando trabajamos y cumplimos con nuestro trabajo, Dios nos concede eso gratuitamente, por lo que cuando recibimos nuestro dinero, o recibimos un pago en diferentes formas, debemos decir: «Gracias, Dios, por darnos estas cosas». Cuando nos sentamos a la mesa listos para comer, debemos decir con sinceridad: «Gracias por darnos esto. Dios, tú nos has dado la fuerza. Dios, tú nos has dado los recursos económicos, tú nos has dado la oportunidad y tú nos has dado esta comida. Por eso te damos gracias por tu misericordiosa bendición».

3. Nuestra bendición necesaria

Bueno, en tercer lugar, nuestra bendición necesaria. Todos los seres vivos dependen de Dios para recibir lo que necesitan para vivir. El Salmo 147, versículos 8 y 9, nos recuerda que nuestro Dios es «quien cubre de nubes los cielos, el que prepara la lluvia para la tierra, el que hace a los montes producir hierba. Él da a la bestia su mantenimiento, y a los hijos de los cuervos que claman». De hecho, todos los seres vivos reciben su alimento de Dios, tanto los hombres como los animales. El Salmo 145, versículos 15 y 16, dice: «Los ojos de todos esperan en ti, y tú les das su comida a su tiempo. Abres tu mano, y colmas de bendición a todo ser viviente». Esto significa que incluso sus enemigos, sus criaturas desobedientes, reciben cosas buenas de Él. Cristo expresa esto cuando nos exhorta a amar a nuestros enemigos y dice, en Mateo 5:45: «Para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos». Dios es bueno y misericordioso, da libremente, no solo a sus hijos, sino incluso a sus enemigos.

Algunos podrían pensar: «Bueno, entonces, ¿por qué debemos orar? ¿Por qué debemos pedir: “el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”? Él da dones a los pecadores, ¿no nos dará a nosotros lo mismo?». Pedimos «el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy» como una expresión de nuestro deseo de buscar la provisión de nuestro Padre que está en los cielos. Aunque Él da el sustento diario a los animales y a los enemigos que nunca lo piden, nosotros lo pedimos porque lo deseamos de Él. Reconocemos que proviene de Él. Ciertamente, lo hacemos como expresión de humildad y fe, pero también cultiva la gratitud. Pedimos también que podamos recibir, no solo la provisión exterior de salud, alimento, ropa, agua y todo lo que nuestro cuerpo necesita

diariamente, lo hacemos en comunión con Dios, buscando disfrutar de su bondad y bendición con ello.

Observemos cómo concluye la respuesta: «Que, por la gracia de Dios, podamos recibir una porción suficiente de los bienes de esta vida y disfrutar de su bendición con ellos». No acudimos con una indiferencia casual hacia Dios. No acudimos para dar órdenes a Dios. No acudimos presumiendo ante Dios. Acudimos con fe, como hijos a un Padre que es capaz y dispuesto a proporcionarnos el pan de cada día. Es en el contexto de la comunión, y por eso lo que recibimos es como un buen regalo de Él, y deseamos la bondad de ese regalo de Él. Reconocemos que «Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación» (Santiago 1:17).

Así que, cuando se lo pedimos, deseamos con amor no solo el don, sino también la bendición que se nos da a través del don, que es una expresión de su bondad. Estamos cautivados por Él. Piénsalo de esta manera. No es solo que estamos mirando lo que hay en su mano. Estamos mirando, por así decirlo, dentro de su corazón, y vemos el amor y la bondad que tiene al darnos estas cosas buenas, y lo disfrutamos. Al Padre le encanta dar buenos dones a sus hijos. Cristo nos lo recuerda cuando habla a la gente y dice: «Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos?» (Mateo 7:11). Así como un padre en esta vida se alegra al dar cosas buenas a sus hijos, esto es una expresión y una pequeña muestra del gozo que nuestro Padre tiene al dar cosas buenas a sus hijos. Y así, cuando pedimos, se lo pedimos a quien nos lo da con alegría, como una expresión, no solo de necesidad, para satisfacer nuestras necesidades, sino como un deleite que el Padre tiene hacia nosotros. Y esto es lo que buscamos en Él, lo cual, por supuesto, es un gran privilegio.

Para terminar, hay algo que debemos pedir en oración y debemos pedirlo todos los días. Cada día tenemos nuevas necesidades. Puede que nuestra despensa esté llena, que tengamos el refrigerador lleno, que tengamos provisiones de comida o agua. O, puede que no tengamos mucho. Quizás nuestra alacena esté vacía. Pero, ya sea que esté llena o vacía, cada día necesitamos de la porción que Dios nos da. Necesitamos ayuda y fuerza, necesitamos comida, necesitamos descanso, y todo esto viene de Dios. Y si reconocemos eso cada día, eso nos llevará a orar. Por lo tanto, no es sólo algo de lo que debemos darnos cuenta, es algo que debemos pedir. Necesitamos acudir a Dios y decirle: «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy». Posiblemente hemos despertado enfermos y, sin duda, anhelamos que esa enfermedad desaparezca inmediatamente, Dios tiene la capacidad de hacerlo. Pero también podemos orar con fe: «Señor, el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy, en la medida en que necesite descanso, dame descanso. Si necesito medicinas, por favor, dámelas. Si necesito ver a un médico, por favor, concédeme un médico». Nos acercamos a nuestro Padre celestial y le decimos: «Dame lo que necesito». ¿Por qué pedimos eso? Lo pedimos para que Él nos proporcione lo que necesitamos para ser fortalecidos, y así, gracias a su provisión, podamos santificar su nombre, disfrutar de la venida de su reino y hacer su voluntad en la tierra como se hace en el cielo. Puedes ver la conexión. El Señor recuerda nuestra condición y nos da la fuerza que necesitamos para honrarlo. Es muy alentador ver cómo se relacionan estas cosas.

Bueno, aquí hay algo más por lo que debemos dar gracias todos los días. En Lucas 17, había diez leprosos que clamaron a Cristo por misericordia para que los sanara. Cristo los despidió y los sanó. Se podría pensar que una misericordia tan generosa y bondadosa haría que todos regresaran agradecidos. Sin embargo, vemos que solo uno de los diez regresó para dar gracias a

Cristo. Y en respuesta, Cristo dijo, como lo muestra Lucas 17:17: «¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están?». ¿Cuántas veces hemos sido como los nueve leprosos? Somos alimentados, somos curados, nos cuidan, pero no regresamos a dar gracias a Cristo. Y por eso debemos dar gracias a Cristo con regularidad. Nos levantamos por la mañana, ¿y qué debemos decir? «Gracias, Cristo, por darme descanso». Podemos beber un vaso de agua, «gracias por esta agua». Hay algo para comer, «gracias por esta comida». Por eso damos gracias antes de cada comida, no es porque sea una simple costumbre o tradición, es una expresión de gratitud con fe. Cuando decimos «el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy», y luego disfrutamos del pan, ¿qué debemos hacer? Debemos regresar a Dios y decir: «¡Gracias! Padre que estás en los cielos, recibimos este alimento de tu mano y te damos gracias por él».

Bueno, como hemos indicado hasta cierto punto, recuerda que cuando Dios te da cosas agradables y buenas, su bondad tiene como objetivo llevarnos al arrepentimiento y a servirle con amor. Por lo tanto, deja que su provisión para ti, por su gracia, sea un motivo para servirle con alegría. Él te da estas cosas con deleite. ¿No deberíamos entonces servirle con deleite? Siempre en comunión a través de Cristo, solo por la gracia de Cristo, y sin embargo fortalecidos y animados por su don bondadoso. Que podamos, a través de Cristo, entregarnos al servicio, al servicio gozoso de aquel que nos ha tratado con tanta bondad. Sean cuales sean tus necesidades diarias actualmente, puedes buscar su satisfacción en tu Padre que está en los cielos, por amor a Cristo, que te provea todo lo que necesitas, para que, para su gloria, le glorifiques y disfrutes de Él para siempre.

Palabras de cierre

Gracias por ver esta conferencia sobre el Catecismo Menor de Westminster. Confiamos en que hayas aprendido mucho de la instrucción proporcionada. Únete a nosotros en oración para que estas conferencias sean una bendición abundante para personas en todo el mundo.